

## Capítulo 1

*H*abía tres personas sentadas a la mesa del desayuno en el frío y polvoriento comedor de la residencia de Grove, en Sussex. Los corpulentos hermanos Allbright engullían ruidosamente la ternera semicruda, regándola con cerveza negra. Su hermana, Serena Riverton, acurrucada bajo un grueso chal, mordisqueaba una tostada y bebía té enfrascada en un libro de poesía.

Will Allbright miraba con aire ausente al vacío al tiempo que masticaba y sorbía, su hermano mayor, Tom, refunfuñaba mientras inspeccionaba el correo del día:

—Apremios, apreios, apreios... —Lanzó tres cartas a la chimenea humeante—. Ah, esto ya es otra cosa. —Rasgó el sobre y, ávido, leyó la carta—: ¡Por fin! Serry, Samuel Seale quiere casarse contigo.

Su hermana alzó la vista, revelando un rostro de una belleza excepcional.

—¿Qué?

Pálida, se levantó de la mesa, apartándose de ella.

—Oh no, Tom. No pienso hacerlo. ¡No volveré a casarme!

—¿Ah, no? —preguntó él, llenándose de nuevo los carrillos de comida—. ¿Y qué piensas hacer si no, hermanita? ¿La calle?

Serena Riverton negó con la cabeza desesperadamente, paralizada de horror por el giro de los acontecimientos.

—Sobreviviré con el dinero que me dejó Matthew.

Su hermano pequeño, Will, un simplón, se volvió y la miró.

—Ese dinero ya se ha acabado, Serry.

Se le veía sorprendido de que ella no estuviese al tanto; parecía

incluso como si lo lamentara, aunque Serena sabía que aquello era imposible. Sus dos hermanos, en todas sus egoístas vidas, jamás se habían arrepentido de su comportamiento ruin, salvo que los hubiera metido en líos.

Ambos tenían el aspecto del típico inglés de campo, hombres grandes, fornidos y rubicundos vestidos con rústicas ropas rurales, aunque el parecido acababa ahí, pues carecían de su característica rectitud moral.

Mientras ella permanecía ahí inmóvil, Will se echó un último trozo de pan a la boca y se levantó de la mesa para calentarse frente a la chimenea. Obstruyendo con su corpachón el escaso calor que desprendía el fuego, sacó una guinea y la lanzó al aire.

Aturdida, Serena miraba la reluciente moneda, tratando de encontrarle un sentido a las palabras de Will.

—¿Acabado? —repitió—. ¿Cómo puede haberse acabado? Mi marido sólo lleva tres meses enterrado. ¿Dónde ha ido a parar?

Pero mientras hablaba, lo comprendió todo; había ido a parar a donde iba todo el dinero de aquella ruinosa casa: dilapidado en las mesas de juego, en el frenesí de los dados, en la velocidad de los caballos, ¡en la velocidad de... —por el amor de Dios— de una cucaracha!

Apartó los ojos de la moneda de Will para fulminar a Tom con la mirada.

—¡Esto es un robo descarado!

Su hermano mayor se llevó con el tenedor otro pedazo de ternera roja a la boca.

—¿Vas a denunciarnos a los recaudadores, Serry? No te servirá de nada. No se puede exprimir a las piedras.

«Piedras —pensó Serena furiosa—. Eso es lo que eran. Unas piedras insensibles, e igual de duras.»

—Además, no te hubiera alcanzado para sobrevivir mucho tiempo —intervino Will.

«Lanzo, giro, atrapo. Lanzo, giro, atrapo...»

Y añadió:

—¿Tres mil libras? Calderilla, eso es lo que es.

Tom asintió con un gruñido.

—¿Quién hubiera pensado que Riverton dilapidaría su fortuna de esa manera? Pensábamos que eras una viuda rica, Serry, o no hubiéramos mostrado tanto entusiasmo para que regresaras a casa. Tres mil libras no dan para tu vestuario.

Sus menudos ojos recorrieron el lujoso traje de elegante tela marrón rojiza.

Un diestro sastre había confeccionado el vestido para realzar su figura, como ella sabía a la perfección, pero nunca se hubiera imaginado que un hermano suyo la mirara de aquella manera.

Serena se envolvió en su chal de lana gruesa para protegerse.

—Me hubiera alcanzado de sobra para vestirme así —masculló entre dientes—. Puede que os resulte incomprensible, hermanos, pero es posible llevar una vida decente sólo con los intereses de las tres mil libras.

—Una vida condenadamente aburrida, desde luego —replicó Will con cordial incomprensión—. No disfrutarías lo más mínimo, Serry.

Serena se abalanzó para atrapar la moneda que giraba en el aire.

—Sí que lo haría, Will. —Y volviéndose hacia Tom, añadió—: Quiero que me devolváis el dinero. Si no lo hacéis, os llevaré a los tribunales.

Éste estalló en una carcajada, salpicando de comida toda la mesa.

—Se necesita dinero para procesar a alguien, Serry, y aunque ganasas, pasarían años antes de que dictaran sentencia. Mientras tanto, no llegarás muy lejos con la guinea de Will.

—Es un comienzo.

Serena cerró el puño con fuerza, pero Will le agarró la muñeca.

—¡Es mi moneda de la suerte!

Se resistió, pero su hermano le retorció violentamente el brazo hasta que ella lanzó un grito y le devolvió la moneda.

Serena retrocedió una vez más, con los ojos llenos de lágrimas, frotándose la muñeca. Semejante demostración de fuerza le recordó la crueldad intimidatoria de sus hermanos. Tenía quince años cuando se marchó de casa, pero no lo había olvidado. ¿Por qué había creído que las cosas cambiarían de adulta?

Tom advirtió su miedo, y sus ojos brillaron de satisfacción.

—Tal vez Seale defienda tus derechos por ti, Serry.

Ella lo miró a los ojos.

—No podrás obligarme a casarme de nuevo, Tom, y mucho menos con Samuel Seale.

—¿De verdad que no es de tu agrado? —Tom parecía genuinamente sorprendido—. Pues no está nada mal para su edad, y es rico como Creso. Posee todas esas minas, tú ya me entiendes. Pensé que preferirías a un hombre mayor como tu primer marido. Parecías satisfecha con él.

—¿Satisfecha? —repitió Serena sin fuerzas, abatida ante el tremendo malentendido.

—De acuerdo, entonces —convino Tom—. Esperaremos al mejor postor.

—¿En serio? —Serena se sorprendió de haber ganado. Entonces asimiló sus palabras—. ¿Postor? ¿Qué postor?

Tom dio un golpecito a la misiva abierta junto a su plato.

—Seale ha hecho una oferta de diez mil. Un precio justo, la verdad. Padre sacó treinta mil cuando te casaste la primera vez, pero ya no estarán dispuestos a pagar esa suma ahora que no eres virgen.

—¿Treinta mil libras? —Serena oyó cómo la histeria se elevaba en su voz—. ¿Padre me vendió a Matthew Riverton por treinta mil libras?

—Guineas —corrigió Will escrupulosamente, lanzando la moneda una vez más—. Nos salvó de la ruina en esa época. ¿No lo sabías? Claro, no eras más que una quinceañera entonces, una chiquilla atolondrada.

Serena se llevó una mano a la cabeza y ahogó un grito. Una chiquilla atolondrada. Hacía años que se había dado cuenta de lo estúpida que fue al lanzarse tan alegremente a un matrimonio, sólo por el entusiasmo pueril de los vestidos nuevos, la excitación del momento y el triunfo personal de ser la primera de sus amigas en casarse.

Pero de ahí a que la vendieran...

Treinta mil libras. No, guineas. No era de extrañar que Matthew se pusiera hecho una furia cada vez que rehusaba bailar al ritmo que él marcaba. Cada vez que trataba de negarse...

—Enfréntate a los hechos, Serry —insistió Tom—. No dejes escapar a Seale. Estamos hasta el cuello de deudas otra vez, y ahora ya no eres ningún primer premio. Aún no has perdido tu belleza, eso no te lo discuto, pero sí tu virginidad. Y la mayoría de los hombres quieren una esposa que pueda proporcionarles una buena dote y descendencia. Y tú eres incapaz de ambas cosas.

—Tenía tres mil libras —se lamentó amargamente, pero la última parte de sus palabras le cayó como un mazazo.

«Estéril. Era estéril.» Recordaba como si fuera ayer el diagnóstico del médico, cual sentencia implacable. Y tampoco había olvidado la reacción colérica de Matthew.

—¡Estéril! ¿Quién diablos necesita una mujer estéril? ¡Y además una que ni siquiera goza con las tareas del lecho marital!

A partir de aquel momento cambió su forma de tratarla. Si en los primeros años de matrimonio se había limitado a mostrarse rudo e insensible con sus sentimientos, tras el veredicto del médico comenzó a ser más exigente, a reclamarle servicios que iban mucho más allá de los deberes conyugales.

Si supiera que podía tener hijos, se casaría sólo por experimentar esa alegría, pero como no podía, no volvería a convertirse en otra esclava legal.

Pero sin blanca, ¿qué iba a hacer?

¿Qué opciones tenía?

Lo menos que podía hacer era abandonar la estancia antes de darles a sus hermanos la satisfacción de verla llorar.

Cegada por las lágrimas, se volvió hacia la puerta, controlando sus palabras:

—Mi respuesta sigue siendo no, Tom, así que ya puedes ir cancelando tu subasta de esclavos.

A pesar de su corpulencia, Tom se levantó de un salto, la alcanzó y de un manotazo cerró la puerta ante sus narices.

—No era una petición, Serry. Era una orden.

Sus ojos, meras ranuras que se dibujaban entre pliegues de grasa, la miraban con malevolencia.

Serena deseaba abofetearlo, arañar aquellos ojos porcinos, pero era menuda, y sus hermanos, enormes y brutales.

—¡No lo permitiré! —protestó—. Ya no tengo quince años, Tom, tengo veintitrés y soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones.

—No seas estúpida.

—¡Tú eres el estúpido! Ya no permiten arrastrar a la fuerza a la novia al altar, y sólo así conseguiréis llevarme.

—No seas estúpida —repitió Tom con firmeza—. Si me causas problemas, te venderé a un burdel. Al menos me darán quinientas libras por ti.

Serena se estremeció, pues sabía que hablaba en serio.

Él le abrió la puerta parodiando un gesto caballeroso.

—Te comunicaré la oferta ganadora.

Aturdida, Serena salió y la pesada puerta de roble se cerró de un portazo tras ella. Oyó las risotadas de sus hermanos.

Huyó a su habitación. En su cabeza resonaba: «Atolondrada, atolondrada, atolondrada». Había creído que los ocho años de matrimonio, años de esclavitud, años de horror, le habrían enseñado algo, la habrían vuelto más sabia. Pero no, allí estaba, tan atolondradamente indefensa como siempre.

Se había sentido tan aliviada, tan increíblemente eufórica cuando Tom le comunicó la noticia de la muerte de su marido, que no se había parado a reflexionar. Simplemente había recogido sus pertenencias y, sin más dilación, había regresado con él a la casa familiar. No se había preocupado de los temas legales, ni siquiera se angustió cuando supo que su marido había perdido casi la totalidad de su inmensa fortuna.

¿Qué más daba el dinero?

Era libre.

Matthew ya no regresaría a la mansión de Stokeley a exigirle que hiciera de furcia para él. Nunca más la castigaría por negarse a cometer sus intolerables vejaciones.

Era libre.

Ahora caminaba de un lado a otro de su frío dormitorio, retorciéndose las manos, tratando de decidir qué hacer. No estaba dispuesta a perder su libertad.

Samuel Seale. Cerró los ojos horrorizada. Otro igual que su

marido. Un hombre corpulento y grosero, con más de cincuenta años y absolutamente depravado. Además, sospechaba que Seale tenía la sífilis. Al menos Matthew no la había contraído.

Se detuvo y se agarró a un poste de la cama para poner fin a aquellas absurdas vueltas. Tenía que hacer algo.

Pero ¿qué?

Huir.

Sí, debía marcharse. Marcharse a algún sitio.

¿Dónde?

Se estrujó la mente intentando encontrar un lugar en el que refugiarse y no se le ocurrió ninguno.

Tenía algunos parientes, pero no confiaba en que la protegieran de sus hermanos. Su marido la había mantenido virtualmente reclusa en la mansión de Stokeley, en la zona rural de Lincolnshire, prohibiéndole el contacto con sus amistades o con la pequeña nobleza de la zona. Aunque la verdad sea dicha, ninguna persona respetable hubiese querido tener trato con los residentes de Stokeley. No, allí no encontraría ayuda.

Buceó en su pasado buscando un aliado. Rememoró la inocencia, sus años escolares...

La señorita Mallory.

Serena había sido alumna de su escuela en Cheltenham. De ahí la habían llevado directamente al altar. Aquella pequeña institución había sido su último lugar seguro y de ingenuos placeres. Recordaba a Emma Mallory como una profesora estricta, pero amable, y una ferviente partidaria de los derechos de las mujeres. Sin duda, la señorita Mallory la ayudaría.

Si lograba dar con ella.

Había un largo camino de Sussex a Gloucestershire.

Dinero. Necesitaba dinero.

Tras buscar por todo el dormitorio, logró reunir dos billetes de una libra, una guinea y algunas monedas sueltas. No bastaba. ¿Dónde podría encontrar más?

A pesar de las deudas, sus descuidados hermanos se dejaban monedas olvidadas por todas partes. Las encontraría.

Ropa.

Había empezado a preparar una maleta cuando cayó en la cuenta de que no podría abandonar la casa llevando bultos sin despertar sospechas. Devolvió las prendas al ropero. Era horrible huir únicamente con la ropa puesta, pero, después de todo, le complacía renunciar a aquel vestuario.

Cada uno de sus trajes había sido escogido por Matthew en Londres y enviado a Stokeley a merced de sus caprichos. Todos eran de primera calidad, pero habían sido confeccionados para realzar y revelar las curvas de su cuerpo.

Serena se miró en el espejo de cuerpo entero y dejó caer el chal. ¿Cómo era posible que su vestido marrón rojizo, con un corte tan elegante, le confiriera un aspecto tan... tan descarado? Pero así era. El corpiño acentuaba sus pechos generosos, la falda era excesivamente estrecha y el fino tejido se le ceñía a las caderas. Pero lo peor de todo era el perfume.

Toda la ropa que recibía estaba empapada en él. Además, su antigua doncella y celadora habría repetido las aplicaciones. Serena desconocía su composición, pero no tenía nada que ver con las flores. Sabía que era un perfume de ramera y que a Matthew le había divertido que su exigente mujer apestara a él.

Desde la muerte de Matthew, Serena había logrado hacer desaparecer el olor de la lencería y las prendas de muselina, pero no podía lavar sus vestidos más gruesos sin arruinarlos. Y hasta que sus hermanos no liberaran sus fondos, no podría adquirir otros...

Compungida, recordó que ya no existía aquel capital.

Para la huida sopesó seriamente ponerse un traje de muselina de agradable olor, pero en aquella época del año hubiera sido una insensatez. Dobló algo de ropa interior y la metió como pudo en su bolso de mano. Sin duda un pequeño bolso no provocaría recelos.

¡Sus joyas! Matthew le había regalado numerosas alhajas, e incluso había logrado incluirlas en sus juegos degradantes. Se estremeció al recordar aquellos adornos, pero podría venderlos.

Cerró los puños de frustración cuando reparó en que desconocía dónde habían ido a parar. No había querido saberlo, pero ahora representaban su supervivencia.

¿Estarían en el dormitorio de Tom?



De repente le acuciaron las prisas, temerosa de que sus hermanos la arrastrasen a una boda o que advirtieran sus intenciones de huida. Cogió su lujosa capa de tela de camello forrada de marta cibelina, agradecida de que le abrigase tanto.

Otro recuerdo acudió a su mente: a Matthew le divertía llevarla de paseo por el jardín, desnuda bajo la capa, cuyo sedoso pelo le hacía cosquillas en la piel, y colorada como la grana mientras él hablaba con algún sirviente ajeno a la escena.

Una de sus diversiones más inocentes...

Desterró esos pensamientos.

Cogió los guantes más gruesos, los botines más resistentes y se metió las pocas monedas en el bolsillo... Sólo tenía un sombrero, pues para Matthew no constituían ningún motivo de diversión. Era alto, de ala ancha. Como pretendía usar la capa para ocultarse, la capucha no alcanzaría para tapanlo.

Prescindiría de él.

Los anillos que llevaba en la mano izquierda captaron su atención y sonrió tristemente. Se había acostumbrado de tal manera a la gran esmeralda y la alianza de oro, que las había olvidado por completo. Seguro que podría sobrevivir un tiempo con lo que le dieran por ellas.

Recorrió con la vista el aposento por si había olvidado algo que pudiese serle de utilidad. Cuando, ya viuda, había regresado con Tom a este lúgubre cuarto, el de su infancia, creyó haber encontrado en él un refugio. Le pareció haber vuelto a la inocencia de su brevísima juventud. Ahora sabía que se había engañado. Ya era hora de dejar de hacerlo.

Con el corazón palpitante, se asomó al gélido y sombrío pasillo. No se veía a nadie. Se deslizó en el dormitorio de Tom, dejando la puerta entreabierta. No se podía decir que fuera un hombre silencioso; lo oiría llegar.

Rebuscó con determinación en el cuarto hasta encontrar unas pocas guineas más y no dudó en meterse en el bolsillo un reloj de oro que encontró entre el polvo junto a la jofaina. Sin embargo, no había ni rastro de las joyas. ¿Dónde podrían estar? No creía que su hermano poseyera una caja fuerte. Volvió a escudriñar la habita-

ción, desesperada, pero no veía más escondites posibles y no se atrevió a entretenerse más.

A continuación penetró en el cuarto de Will y reunió unas cuantas monedas más. Ahora ya tenía casi diez guineas.

Ahogó un gemido de desesperación. Diez guineas eran una suma considerable, pero no bastaba para garantizar su subsistencia.

Antes la muerte que el deshonor.

¿Sería el matrimonio un destino peor que la muerte? Porque quizás a eso se enfrentaba en esta frenética huida.

Serena comprendió que llevaba demasiado tiempo inmóvil, absorta en sus pensamientos, con la esperanza de encontrar otra salida. No la había. Se obligó a seguir adelante, a bajar las escaleras y a abandonar su casa para siempre.

De camino a la puerta lateral, se detuvo en la biblioteca. Sus hermanos acostumbraban a pasar allí la velada durante sus temporadas en el campo; pero no para leer, por supuesto, sino para jugar. Sonrió ante el pequeño consuelo de hallar una guinea y una corona en el suelo.

Aquel tesoro demostraba que la indolente servidumbre no había limpiado allí en todo el día, pero eso ya no era de su incumbencia. Había llegado la hora de irse. Al volverse hacia la puerta escuchó unos pesados pasos.

Un pánico culpable se apoderó de ella. Corrió hacia el estante más cercano y cogió el primer libro que encontró.

Tom entró en la sala.

—¿Otra vez con la nariz en un libro? —dijo desdeñoso—. No entiendo cómo Matthew pudo permitirte. Perderás la belleza si sigues encorvada sobre los libros a todas horas.

Serena introdujo un dedo en el tomo antes de cerrarlo, con el corazón palpitante. «Lo adivinará. Adivinará mis intenciones.»

—A Matthew le traía sin cuidado lo que yo hacía en su ausencia y no me vendría mal perder un poco de belleza.

—No seas tan rematadamente tonta, Serry. Sin esa belleza despampanante ya te hubiera puesto a fregar suelos y pronto el matrimonio no te habría parecido tan mal arreglo. Me parece que el viejo Riverton te ha malcriado.

Se acercó a ella y le arrancó el libro de las manos.

—¿Qué lees? ¿A Byron, a Keats?

Al dejarlo caer al suelo, el libro se abrió y su hermano soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Oh, Serry, eres un caso! Le has cogido gusto a la cosa, ¿no? Entonces no veo por qué tantos reparos para volver a casarte.

Horrorizada, Serena vio que el libro que había tomado del estante al tuntún era uno de los repugnantes tomos eróticos de su hermano. Tom agitaba una ilustración degradante delante de su cara.

—Te gusta, ¿no? —preguntó deleitándose al observar la horrible imagen.

Serena no podía negarlo sin levantar sospechas, pero tampoco podía obligarse a admitirlo.

Su hermano vio sus mejillas arreboladas y negó con la cabeza.

—Y aún te ruborizas. Eres realmente rara, Serry. Ahora entiendo por qué vuelves locos a los hombres. Doña mojjigata y recatada, pero con cuerpo y ojos de ramera. Y por lo que veo, de mente también. Creo que has nacido para eso: ramera. Con tus curvas, tu forma de moverte y que siempre pareces recién salida de un lecho ardiente...

Volvió a desnudarla con su sucia mirada.

—Quizá deberíamos ampliar la subasta —caviló—. No hay muchos que te deseen como esposa, pero como amante... eso ya es otra cuestión. Como concubina podrías apuntar muy alto en estas tierras: un lord, incluso un duque. En ese caso el hecho de ser estéril podría ser una ventaja.

Serena se quedó quieta, no permitiendo que sus palabras la afectasen. Iba a marcharse. Nada de eso le sucedería.

Le colocó el libro en la mano, dándole palmaditas de cariño.

—Ahí te dejo, hermana, estudia bien las lecciones.

Aferrándose al libro, Serena salió corriendo de la biblioteca, hostigada por el eco de la risotada de su hermano. Una vez en el exterior se obligó a cruzar a paso tranquilo el frío jardín de noviembre como si hubiera salido a pasear.

Sin embargo, estaba intranquila. Ahora más que nunca debía

escapar. Se preocupó por las probabilidades de salir airosa de su plan y de cómo mejorarlas.

Disponía de tiempo. Ni ella ni sus hermanos solían comer juntos a mediodía y la servidumbre no acudiría a ella para pedirle faena. Probablemente nadie la echaría de menos hasta el anochecer. Para entonces ya se encontraría muy lejos.

No obstante, no le cabía duda de que sus hermanos irían en su busca. Después de todo, recibirían quinientas libras por ella si la vendían a un burdel. De hecho, al menos valía diez mil libras, pues tendría que casarse con Seale para librarse de semejante destino.

Treinta mil. Su padre la había vendido por treinta mil...

Sólo de pensarlo... El mero pensamiento de la antigua traición casi la saca de quicio, pero se concentró con todas sus fuerzas en el presente inmediato.

Escapar.

Llegó paseando al huerto y apretó el paso. Cuando advirtió que aún llevaba el repulsivo libro en la mano, lo lanzó a un lecho de ortigas. Después subió los peldaños de la cancela y por fin salió a campo abierto. Había unos cinco kilómetros hasta la posta de diligencias más próxima. Tenía la esperanza de que, si llegaba hasta allí, no tardaría en pasar una que la recogiera. Pasaban cada pocas horas, o eso creía. Serena pensó que quizá debería haber comprado un billete.

Reparó en su abismal ignorancia del mundo. A los quince años la habían sacado del colegio y la habían inmolado en la mansión de Stokeley. Desde aquel día no se había hecho cargo de nada, hasta estos últimos tres meses en los que había tratado de poner orden en la casa de sus hermanos.

Se preguntó si estaba preparada para sobrevivir sola.

Pero no tenía alternativa.

Otros escalones la condujeron a la carretera principal. Serena se cercioró de que la capucha le cubría la cabeza de manera que nadie que pasara por allí la reconociera, y emprendió la marcha con resolución.